El Alcázar 21 feb. 1956

80

CINE DE BARRIO

componer normal, sin capitulares

LA corriente que vivifica los cines de barrio está nutrida por espectadores a los que la comodidad en unos casos, la escasez de recursos o la ausencia de interés en otros desvía de los locales de estreno. Lo mismo da, en efecto, ver una película hoy que dos, o cuatro, o seis semanas después. Quien, persuadido de esto, sepa tener paciencia acabará captado por el "aurea mediocritas" del cine de su manzana y dará su adiós a la pompa y seducción de los que convierten la Gran Vía madrileña en un remedo del neoyorquino Broadway.

SI supiéramos frenar nuestra curiosidad por la noticia igual que por el cine veríamos, simplemente con esperar un poco, cómo esa curiosidad nuestra se colmaba y cómo, al cabo de un tiempo prudencial, acabábamos conociendo lo sucedido con la precisión y el lujo de detalles que en principio muy escasos elegidos conocieron.

UN personaje de Somerset Maugham recibía en su pequeña isla del Pacífico, cada treinta o cuarenta días, los números de "Times" correspondientes al transcurso de esas fechas. Voluptuosamente ese personaje los devanaba uno a uno, por riguroso orden, sin perder su mesura, sin excitarse. En el primero de ellos se enteraba del asesinato, en el último, del asesino; en el primero, de la baja de las acciones en bolsa; en el último, de su recuperación y de su alza; en el primero, del ataque gripal de su majestad británica; en el último, de que había asistido, sano ya, a la ceremonia del Trooping de Colors.

A cada uno de nosotros nos hubiera apasionado, mientras duró la guerra, estar en la intimidad de quienes la dirigieron. Saber si iba a ser blanca o no hasta su fin, como lo fué hasta el 10 de mayo de 1940; saber si se iba a invadir o no Inglaterra, si se iba o no a desembarcar en España; despejar, en suma, tantas y tantas incógnitas como las que entonces nos ocupaban horas y horas de vehementes discusiones con los amigos. Saber, además, el porqué del sí y del no de tan graves disyuntivas. Si hubiéramos procedido con la parsimonia de los espectadores de cines de barrio estaríamos ya al cabo de la calle.

Por JOAQUIN CALVO SOTELO (De la Real Ac

Continuación

UNA profusa documentación oficial y privada nos permite ahora, en efecto, tener a nuestro alcance lo que hace dos lustros escasos fué patrimonio exclusivo de ciertos prohombres. Quiere esto decir que la actualidad se da también una vuelta por los cines de barrio, como las películas, y que a precios ínfimos nos entera de los graves secretos de antaño. Se escriben los libros más inesperados por los autores más insospechables. Trescientas páginas para contarnos cómo se mató a Fulano, a veces escritas por el mismo que le mató; cómo se perdió la batalla X, cómo funcionó el servicio Z; trescientas páginas para que nos enteremos hoy, con puntos y comas, de lo que en 1940 o en 1945 nos quitaba el sueño.

ES todo cuestión de que cada cual se vaya a su cine de barrio persuadido de que le llegará su turno y de que, en plazos muy próximos, los escaparates de las librerías o los quioscos de periódicos darán cumplida respuesta y satisfacción a su curiosidad, por ambiciosa que sea.

YO termino simultáneamente, en estos días, la lectura, en EL ALCAZAR, del diario de Linge, ayuda de cámara de Hitler—versión alemana del "Anatole France en pantoufles"—, y del libro de Alexandres Seversky, jefe de la Aviación americana, sobre la intervención del poder aéreo en la victoria aliada. El primero me brinda una de las versiones más próximas y, con grandes probabilidades, más auténticas de la psicología de ese demiurgo apocalíptico que fué Hitler y de su final wagneriano, con los cañones de Stalin por trompas funerarias y el petróleo de los bidones crematorios por fuego de walkyrias. El libro de Seversky me cuenta, con ejemplar simplicidad y abundancia de argumentos, el por qué Alemania no invadió Inglaterra después de conseguido su triunfo sobre el Ejército francés. ¡Dios Santo...! Si hubiésemos sabido esto, ¡cuántas tertulias de la peña, cuántas agitadas sobremesas, cuántos debates de vario academicismo con amigos y compañeros sobre el pro y el contra, el sí y el no, el porqué y el cómo nos hubiésemos ahorrado...! Palabras, palabras, palabras... ¡Ah, si hubiese esperado sin impacientarme en mi cine de barriada...! Según Seversky, Inglaterra no fué invadida porque el dominio del aire, base primordial para el éxito del ataque, no lo consiguió nunca Alemania ni podía dárselo el Stuka, tipo de avión glorificado como arma auxiliar preciosa del ejército terrestre, pero indotado, en radio de acción y en eficacia de combate, para librar una batalla aérea; si Inglaterra no se tomó al asalto fué porque se erraron los objetivos vitales y faltó continuidad en el ataque. Son las afirmaciones de Seversky, acaso para los técnicos, rebatibles, pero para mí, pobre de solemnidad en esa clase de temas, convincentísimas.

CARPETAZO definitivo a esa polémica. Ya no hay por qué seguir hablando de eso, si es que aún se habla. Ya está aclarado. Es decir..., aclarado... Los centenares de libros escritos sobre la guerra del 1939, los que se escribirán en lo sucesivo, ¿aclararán realmente su germinación, su proceso, las causas de su fin? Entre tanta y tanta información, sectaria todavía, ¿cómo nos las arreglaremos para saber lo que es cierto y lo que es falso? ¿Cuántos testimonios habrán de recusarse aún por amistad íntima o por enemistad manifiesta? ¿De cuántas maneras diferentes se contarán los hechos, según que éstos los narren sus protagonistas o sus testigos y según cuál sea el color del cristal con que se miren? La Historia, en suma, no es sino un relato fragmentario y tendencioso de la marcha del hombre sobre la Tierra.

PARA enterarse a medias—en unos casos por insuficiencia de información, en otros por exceso—, lo mismo da enterarse tarde. Voy haciéndome, pues, a medida que transcurren los años, cliente acérrimo de los "cines de barrio". Ese lujo pueden permitirse los gobernados, dicho sea de paso, no los gobernantes. Para las élites directoras de un país la actualidad tiene una urgencia vital, inapelable. No ya en los cines de estreno, a ser posible en los Estudios donde se preparan, han de ver las películas. Así prevendrán el futuro, que es su misión, para que no les coja de sorpresa ninguno de sus imprevisibles giros. Por eso la noticia, esa cosa escueta y desnuda que es la noticia, tiene tanta importancia. De conocerla pronto o con retraso muchas veces—¡oh, manes de Pearl Harbour!—depende la suerte entera de un pueblo... Cuando llegue al cine de barrio ya todo estará resuelto y decidido...

¡Cine de barrio, cine de barrio...! ¿Y sabéis también que hay muchas otras cosas sujetas a ese segundo y modesto circuito subordinado? Tal la belleza de aquella dama, desdeñosa otrora, a la que el tiempo castigó con rigor. ¡Ah, cómo sonríe hoy, amablemente, si aun ayer altiva —la hermosura y la seducción en declive— desde la pobre y despeluchada butaca de su "cine de barrio"!...